

su derecha, no hubieran podido llegar en auxilio de puntos cuya rendición inmediata excluía la posibilidad de que hubiese sido socorridos.

Acusaba por lo demás grande imprevisión de parte del gobierno el que disponiendo de fuerzas marítimas y contando con la cooperación de los cruceros ingleses, no hubiese organizado un sistema de defensa de los puntos de la costa, situando en San Sebastián ó Portugaleta un campo atrincherado del que fácilmente habrían podido destacarse tropas á los puntos amenazados.

El patriotismo de Mendizabal, su ardiente deseo de terminar la guerra por medio de la victoria de las armas de la Reina, no bastaban para suplir á la falta de acierto, de método y de resultados que acompañaban su gestión de la cosa pública.

Córdoba no recibía ni refuerzos suficientes, ni provisiones, ni fondos, pues hasta llegó el caso de que para acudir á urgentísimas atenciones del ejército, tuvo que hacer uso de su crédito personal, recurso insuficiente que nada podía remediar; pero lo que mas le atormentaba eran los injustos cargos de la prensa avanzada que lo acusaba de inactividad y exigía ruidosos triunfos y decisivas victorias, pedidas con ahínco y con insistencia, no tanto en el interés de la causa como en el de la conservación en el poder del partido que á la sazón dominaba.

Córdoba, que como hemos dicho había estudiado la guerra del Norte, y sobre ella fundado un sistema militarmente científico y políticamente razonable y práctico, quiso justificar ante el gobierno y ante la nación la excelencia de sus planes, al mismo tiempo que imponer silencio á sus peregrinos detractores, objeto al que satisfizo plenamente dirigiendo al ministro de la Guerra una comunicación cuya importancia hace de ella un dato indispensable para formar un acertado juicio acerca de la situación militar y de los medios de llevar la guerra á feliz término, en cuyo concepto se reproduce íntegramente el número II.

Concluía el general su elaborado y científico trabajo presentando su dimisión y pidiendo con urgencia el envío del sucesor que lo relevase.

Acababa el gobierno francés de revocar su disposición del año anterior prohibitiva de la exportación de objetos de comercio por toda la línea de la frontera ocupada por los carlistas, revocación enteramente favorable á estos y que venía á destruir en gran parte los efectos que hubieran sido de esperar del bloqueo á cuya rigurosa ejecución tanta importancia daba Córdoba. No era esta la sola ventaja de que los carlistas disfrutaban. Habían mejorado el estado de su hacienda, estaban pagando corrientemente el prest de sus soldados, habían comenzado á abonar los suministros de los pueblos y señalado prima á los desertores que, atraídos por este aliciente, afluían á su campo.

La involuntaria pugna que de resultas de las necesidades que experimentaba el ejército y de la dificultad que tenía el gobierno de proveer á ellas existía entre el cuartel general y el ministerio, anunciaba una disidencia que suministró materia á una animada y picante controversia en la columna de *El Español*, ostensiblemente sostenida por don Aniceto de Alvaro en representación de Mendizabal, y anónimamente por un oficial superior del ejército que componía parte de su estado mayor.

No ofrece aquella polémica bastante interés para ocupar extractándola un espacio, al que bastará para suplir, la síntesis de una discusión que se reasume con completa exactitud en la doble afirmación, de parte del ministerio, de que hacía cuanto le era posible para atender al ejército, y de parte del general en jefe, asegurando que carecía de los elementos considerados como absolutamente indispensables para una campaña hecha en las condiciones propias de los ejércitos modernos.

No consintió Mendizabal en aceptar la dimisión de Córdoba, á quien colmó de elogios el ministro de la Guerra, en respuesta á la sentida comunicación del general, la que quiso mirar el gobierno mas bien como una apología que aquel dirigía al país, que como la expresión de una voluntad resuelta á renunciar el mando, poniendo al gobierno en la precisión de

nombrar un nuevo general en jefe; providencia por el momento bastante embarazosa en atención á que los años de guerra que pesaban sobre el país, habían gastado el prestigio de todos los generales en disposición de sustituir al vencedor de Mendigorria y al autor del razonado plan de campaña, cuyo mérito había hecho patente la exposición que acaba de mencionarse y mereciera la aprobación de todos los hombres de recto criterio y de patrióticas intenciones.

Moralmente obligado Córdoba á permanecer al frente del ejército, no podía menos de precaverse contra la movilidad de las fuerzas carlistas, las que estaban reconcentradas en un territorio desde el cual amenazaban en línea directa y á la vez las Encartaciones, Bilbao, las Merindades de Castilla, la línea del Ebro, el territorio de Navarra y el paso á Aragón, lo que obligaba á Córdoba á guardar con los limitados medios de que disponía, las treinta y seis leguas de circunferencia que ceñían el territorio dominado por un enemigo que descansaba en la seguridad de no poder ser invadido sino pasajeramente.

Semejante situación obligaba á tener que sostener diariamente, ya sea para el ataque, ya para la defensa, encuentros las mas veces infructíferos, pues nunca pasaban los resultados de bajas mas ó menos considerables por una y otra parte entre muertos, heridos, prisioneros y pasados.

A esta clase de acometidas pertenece la brillante acción sostenida en Miñano Mayor, provincia de Alava, por Villareal contra O'Donnell, habiendo dado el último en aquel día nuevas y brillantes pruebas de su pericia y arrojo militar, que pudo presenciar el general en jefe, llegado al fin del combate con su estado mayor.

Los dos cuarteles generales de Eguía y de Córdoba se hallaban casi á la vista á mediados de abril, lo que indujo al último á disponer un reconocimiento sobre el campamento carlista situado en Urbina y Monte Gojain. A su aproximación destacaron los carlistas algunas guerrillas, cuyos fuegos no se detuvieron los liberales á contestar, sino por medio de granadas arrojadas sobre el campo. En auxilio de Villareal destacó Eguía algunos batallones, los que no tardaron en contramarchar sobre Vizcaya, noticioso el general carlista de que Ezpeleta había ocupado á Valmaseda. En aquella dirección trabóse el combate de Orrantia entre las tropas de Ezpeleta y las enviadas por Eguía, combate en el que fué herido el general divisionario de las tropas de la Reina. Púsose en marcha Córdoba para aquel punto con diez y nueve batallones, experimentando el contratiempo de no poderse mover de dicho pueblo durante ocho días á causa del furioso temporal de continuas nieves que inmovilizó el cuerpo de operaciones, á cuya subsistencia pudo difícilmente proveerse (interin duró su forzada inmovilidad) por medio de los escasos víveres que trabajosamente pudieron traerse de Vitoria.

Al recibir la noticia de que Eguía concentraba fuerzas en las inmediaciones de Amurrio, sospechó Córdoba que Bilbao pudiera verse amenazada y tomó disposiciones para acudir en auxilio de la plaza. «Pero el tiempo, dice el autor de la *Historia de la guerra civil*, es el principal enemigo con que tenían que luchar ambos ejércitos. Arreciaban la lluvia y las nieves, los caminos se inutilizaban, los ríos desbordaban, los arroyos se convertían en torrentes, las caballerías se ahogaban y aquel detestable temporal duró hasta el mes de mayo.»

El general portugués Das Antas reemplazó á Vigo en el mando de la línea de la izquierda, con instrucciones para proteger la fortificación de Valmaseda, construída con solidez y dotada de artillería. Acudió presuroso Eguía á oponerse á esta operación, á cuyo sosten se presentó Ezpeleta al frente de la brigada Peon, empenándose en su consecuencia un reñidísimo combate, en el que carlistas y liberales pelearon con singular denuedo. Aunque inferiores en número los últimos no cedieron, habiéndose distinguido en la pelea un batallón de la guardia real y la caballería mandada por el brigadier Albuñ, el manco de la guerra de la independencia, quien dió tres cargas que causaron sensibles pérdidas al enemigo y le habrían hecho experimentar una completa derrota, á no haber acudido Cástor Andechaga con sus batallones y logrado restablecer el combate.

Otra herida sacó de aquella jornada el bizarro general Ez-

peleta, y tan enteras habían quedado las fuerzas de uno y otro bando que indistintamente penetraron en el pueblo de El Berron, pemoctando en él, sin saber que solo se hallaban separados de sus contrarios por los débiles tabiques de las vecinas casas. La venida de la luz del alba reveló la extraña novedad y entonces se trabó el tiroteo en las calles y desde las ventanas.

Como frecuentemente sucedía en aquella guerra, ambos ejércitos se atribuyeron la victoria, que á nadie pertenecía en realidad, pues los liberales continuaron fortificando á Valmaseda, operación que no se obstinó Eguía en impedir, sabedor de que Córdoba ocupaba á Murguía y podía aparecer por su flanco.

No se aliviaron en el mes de mayo las escaseces y la penuria que sufría el ejército, situación que á pesar de la repugnancia que experimentaba Córdoba en cansar al gobierno con reiteradas observaciones, lo compelia á reiterar que el interés de la causa pública y el decoro de la nación exigían que el gobierno tomase en consideración los conflictos que le rodeaban y las reclamaciones que de todas partes se le dirigían, recomendando que para lo sucesivo procurase el gobierno proveer al ejército de los indispensables recursos, sin los cuales podía temerse llegase el caso de una catástrofe, pues la deserción aumentaba y no era posible tener confianza en tropas mal atendidas; penuria de que desgraciadamente participaban las legiones extranjeras, cuyos individuos escribían diariamente á sus familias que no se les pagaba y que carecían de lo mas preciso, comunicaciones que por lo general iban á parar á las columnas de los periódicos ingleses, haciendo pública nuestra insolencia, que se traducía como mala fe.

Penetrado de la importancia de poner á Bilbao á cubierto de un golpe de mano y de escapar á la necesidad de tener que acudir en su auxilio en circunstancias en las que el ejército se hallase empeñado en otras operaciones y no pudiese acudir bastante á tiempo, pidió Córdoba al cuerpo de ingenieros un sistema de defensa que, coronando las alturas que dominan á Bilbao, pusiese la plaza en condiciones militares para sostener un sitio.

El croquis de esta fortificación, con el presupuesto de lo estrictamente necesario para levantarla, se remitió al gobierno en mayo de 1836, y tan poca diligencia puso aquel en atender á necesidad tan apremiante, que dos sitios ha tenido que sufrir Bilbao desde entonces, sin que se haya vuelto á pensar en la importancia de poder conservar la plaza sin los sacrificios que el conseguirlo ha costado á la nación.

Digna de interés y hasta de lástima era la situación á que se veía reducido el general Córdoba, á quien de todos los cuerpos, de todas las guarniciones, de todos los puntos amenazados se dirigían consultas y reclamaciones pidiéndole refuerzos, otras dándole consejos, y hasta hubo autoridades militares que le enviaron planes de campaña, consumiéndole un tiempo precioso y poniendo á dura prueba su paciencia.

Al márgen de una de estas comunicaciones procedente del gobernador de Cinco Villas y remitida por el Capitan general de Aragón, tuvo Córdoba la humorada de estampar la siguiente nota: «No faltaba ya mas que la opinión del gobernador de las Cinco Villas sobre el modo de dirigir la guerra de Navarra y puntos que conviene ocupar. Con ella, la de los cónsules y vice-cónsules en el extranjero, los escritores de diarios y todos los que dan voto, consejo y opinión sin que se les pida y con el mayor desinterés del mundo, la guerra no puede dejar de completar los grandes resultados que de tan competentes jueces vamos recogiendo, y aprovecharé el primer ocio que me den mis ocupaciones para corresponder al celo de estos empleados dando mi dictamen sobre un buen sistema de guías y de tornaguías, aranceles de comercio, medio de empedrar y alumbrar las Cinco Villas, por cuyo medio todos nos iremos generalizando en esta ciencia.»

Los disgustos que tan vivamente había expuesto el general Córdoba en su comunicación al ministro de la Guerra y las acrecentadas penurias que experimentaba el ejército no bastaban, sin embargo, á paralizar su actividad, ni á entibiarse un celo que lo llevaba á acudir á todos los puntos de la extensa línea sin cesar amenazados por el enemigo.

Sabedor de que Eguía se disponía á atacar á Villalba de Losa y á la division Ezpeleta, acudió en su apoyo con el doble objeto de reforzar aquel cuerpo y de cubrir á Valmaseda. Verificó al efecto una marcha forzada y pudo llegar á tiempo para compeler á Eguía á retirarse á Orduña, frustrado en su intento por el oportuno movimiento de Córdoba.

Queda anteriormente expuesto que Evans al frente de la legión inglesa fué destinado á reforzar la guarnición de San Sebastián con orden de adelantarse hasta Hernani é Irun, y restablecer las comunicaciones por tierra con Behovia y con Francia.

Poniendo en ejecución las instrucciones del general en jefe, salió Evans de la plaza en la mañana del 5 con los batallones ingleses y una brigada española. La proximidad de la línea de bloqueo permitió que se trabase inmediatamente el combate que comenzado con gran vigor por Evans, hizo retroceder á los carlistas hasta Ayete, centro de su línea que defendieron con desesperación. Pero el empeño de Evans superó los esfuerzos de sus contrarios, logrando aquel en el momento mas empeñado arrollar al enemigo consternado por la muerte de su popular jefe Sagastibelza, á quien privó instantáneamente de la vida una bala que le atravesó el cráneo.

Secundando la acción empeñada por Evans los buques de guerra ingleses surtos en la bahía rompieron un mortífero fuego sobre la línea carlista, fuego cuyos efectos acabó de hacer decisivos el oportuno desembarco de dos batallones de aquella nación enviados por lord John Hay en auxilio de Evans, refuerzo que llegó en el momento decisivo.

Derrotados los carlistas se retiraron á Oriamendi, dejando en poder de los vencedores su artillería y los reductos que formaban la línea de asedio.

Aquella brillante operación libertó á San Sebastián que durante cuatro meses había sufrido la continua alarma de diarios ataques que hubieran acabado por rendir la constancia de sus defensores á no haber recibido el oportuno refuerzo enviado por Córdoba, tan brillantemente secundado en aquella ocasión por la ayuda de las fuerzas británicas, cuya cooperación fué objeto de las mas vivas demostraciones de entusiasmo y de gratitud por parte del ayuntamiento y de la milicia de San Sebastián.

Eguía que, como hemos visto, había alcanzado notables y repetidas ventajas sobre su enemigo, temió que el descalabro sufrido por las armas de don Cárlos delante de San Sebastián diese á los émulo que ya contaba el general en su campo, ocasión para amenguar su prestigio, y resolvió marchar á Hernani, dispuesto á tomar su revancha en el campo mismo que acababa de ser regado con la sangre de sus compañeros. Pero la sagaz prevision de Córdoba se anticipó á inutilizar el intento de Eguía, y contramarchando desde Valmaseda sobre Vitoria, comunicó al gobierno su propósito de atacar las líneas de Villareal y de Arlaban, esperanzado de destruirlas y desembarazar á Evans del peligro á que podía exponerlo la llegada de Eguía á Guipúzcoa al frente de fuerzas superiores.

Una apremiante orden del Real de don Cárlos obligó á Eguía á renunciar á las disposiciones que había adoptado para atacar resueltamente á Evans, orden motivada por el temor que á la corte del Pretendiente impuso la aproximación de Córdoba á los puntos que constituían la base de operaciones del ejército carlista.

Constantemente paralizado en sus movimientos el caudillo de la Reina por la escasez de subsistencias, no menos que por la de medios de transporte, tuvo que detener su marcha, circunstancia de la que se aprovecharon los carlistas para concentrar nuevas fuerzas en el punto amenazado. A pesar de este contratiempo persistió Córdoba en su propósito, y remediadas en algun tanto las necesidades de su ejército, expidió á todos los puestos de la línea las órdenes convenientes para secundar su plan de ataque sobre el centro de la línea enemiga.

El campo que había sido teatro de la sangrienta pelea en los días 16 y 17 de enero, vióse de nuevo cubierto por batallones de los dos ejércitos beligerantes, dispuestos á renovar las pruebas que en aquellas jornadas dieron de su arrojo y de su obstinación.

Entre las singularidades de la empeñada lucha que traía

divididos á los españoles, merece ser consignada por la historia, la simultánea determinación tomada por los dos generales en jefe, de dirigir á los soldados que iban á combatir alocuciones en las que los estimulaban á desertar de sus filas con la promesa de recompensas en premio de su deslealtad.

Ambos documentos figuran entre los de referencia bajo los números III y IV.

Avisado Eguía por Villareal de que tenía al frente los batallones de Córdoba, acudió á reforzar la línea con siete de los suyos y alguna caballería, tomando para efectuarlo la dirección de Gamboa y la Borunda, hasta Arriola, situada á la altura de Salvatierra. Detóvose Córdoba en Mendiju para poner á sus soldados á cubierto de los fuegos del vecino castillo de Guevara, evitando al efecto el camino de Salvatierra y siguiendo el de Argomaniz.

La mañana del 21 de mayo inauguró la acción. Villareal esperó á pie firme el ataque apoyado en el pueblo de Galarreta, donde acometido con enérgica resolución por Córdoba, perdía terreno, cuando oportunamente llegaron en su auxilio tres batallones alaveses; mas, en aquel momento supremo, el bizarro Espartero se apoderaba de Galarreta y coronaba victoriosos las elevadas cumbres de Aranzazu y de San Adrian.

Viéronse los carlistas compelidos á retirarse sin por ello dejar de defenderse y de pelear, pues á las descargas de la fusilería, siguieron las cargas á la bayoneta, obstinada pelea que no bastó á interrumpir la lluvia y el granizo que en abundancia caía sobre los combatientes. Solo la oscuridad de la noche puso término á los hechos de armas de una jornada en la que los liberales quedaron dueños del campo, victoria caramente comprada por la sensible pérdida de oficiales tan distinguidos como el hijo del general Oraá ayudante de Córdoba; la del comandante Malibrán, muy popular en el ejército, debiendo también mencionarse que don Leopoldo O'Donnell quedó gravemente herido.

Pensó Eguía en unirse á Villareal, mas se lo estorbó la interposición de superiores fuerzas liberales, de cuyas resultas hubo de pernoctar en Oñate, resuelto á defender la corte del Pretendiente si llegaba á ser embestida. Las fábricas de pólvora y los pertrechos de guerra que tenían los carlistas en Arraga fueron incendiados por Espartero. El arrojo y la fortuna de este general rayaron tan sorprendentes en aquella gloriosa jornada, que á la mañana siguiente se posesionó, en territorio enemigo, de las salinas de Lenis, y fué necesario para detenerlo en su marcha que Córdoba le enviase dos ayudantes, con órden expresa de, si era necesario, *agarrarle*, les dijo, *los faldones de la levita*.

No sin trabajo pudo el intrépido general efectuar su reincorporación al grueso del ejército, habiendo tratado el enemigo de cortar su retirada por medio de dos batallones emboscados en recodos de la sierra, que ocultaban su presencia; ardid cuyo éxito supo inutilizar la sagacidad del veterano Espartero, quien acertadamente destacó dos batallones del Príncipe, los que á la bayoneta cargaron y dispersaron á los carlistas.

No obstante las proezas que en las acciones de los días 21, 22, 23 y 24 de mayo, tan alta pusieron la bizarria del ejército liberal, no obstante las acertadas disposiciones de sus jefes y del favorable éxito que tuvieron todos los combates librados en aquellos días, las brillantes operaciones de la segunda campaña de Arlaban no produjeron un cambio apreciable en el estado de la guerra, resultado que con exactitud matemática hasta cierto punto, venia á justificar el sabio sistema expuesto por Córdoba en su memorable comunicación al ministro de la Guerra de fecha 26 de febrero.

Como era consiguiente á la carencia de objetivo calculado, y de resultados positivos de las operaciones que acaban de ser breves, pero certeramente expuestas, pudo Córdoba regresar á su base de Vitoria sin ser incomodado por el enemigo. Al avistarse el general en jefe con el honrado y entendido Oraá, cuyo hijo había quedado gloriosamente tendido en el campo de batalla, Córdoba cumplimentó afectuosamente al afligido padre, de quien recibió la noble y modesta respuesta que en estos términos conmemora la *Historia de la guerra civil*:

«Mi general, no tenia mas que ese hijo y le idolatraba; pero

quisiera tener doce que sacrificar por nuestra Reina y por la patria: vamos al enemigo y V. verá que mis lágrimas de padre no me hacen olvidar mis deberes de soldado.»

Llegado á Vitoria el 27 dirigió Córdoba una alocución al ejército en la que reasumía los hechos mas notables de la breve campaña, señalando la parte que cada division habia tenido en los combates y tributando á sus jefes los elogios á que se habian hecho tan notablemente acreedores.

Hablando de Espartero decia la alocución: «Cupo á la tercera division la mas difícil y gloriosa parte de la jornada. El ataque de la izquierda fué el mas largo, penoso y porfiado y tambien el mas fatal para el enemigo. Pero cuando tales cuerpos y tales soldados son dirigidos por la voz y el ejemplo de un general como don Baldomero Espartero, son invencibles.»

La alocución contenia los siguientes párrafos dignos de ser preservados del olvido:

«Compañeros: muy grandes han sido en estos cinco dias nuestras fatigas, pero aun ha sido mayor nuestra firmeza y constancia, y esta sola idea bastaria á hacerlas gloriosas, si tantos otros grandes resultados nacionales no fuesen tambien el precio de nuestro esfuerzo, si la gratitud de la patria entera no formase nuestra mejor recompensa.

»El enemigo conoció en el encuentro último que no hay posición inexpugnable para vosotros, y expulsado, como ya lo habia sido antes, por vuestras bayonetas de Arlaban, trabajó cuatro meses para cerrar por líneas y atrincheramientos dos leguas de montañas y desfiladeros. En ellas se creia invencible y hasta olvidó que allí mismo le habiais ya vencido. Arlaban está destinado á ser monumento de nuestras glorias.

»Nuestra marcha á Salvatierra obligó al enemigo á salir de sus líneas, pero no de sus gargantas y ásperas cordilleras. El dia 22 amaneció para su afrenta y vosotros llevasteis el grito de *Isabel y libertad, muerte ó victoria* á los altos del primero. Las águilas volaban mas bajas que las cimas de los puertos de Aranzazu y San Adrian, que palmo á palmo disputaron los defensores de la Inquisición, que palmo á palmo conquistaron los intrépidos soldados de la libertad española. Tres cordilleras paralelas, espesos bosques, grandes pantanos, nada pudo contener en este dia vuestro ardimiento: fuisteis mas arriba que las nieves de mayo, casi tan altos, como irá un dia la fama de vuestro esfuerzo, virtud y constancia.»

Tampoco hay que guardar silencio sobre la circunstancia de que mas daño que de las balas de los carlistas, experimentaba el ejército de la Reina de resultas de la encubierta pero general enemiga del paisanaje que frenéticamente entusiasta por la causa del Pretendiente, le prestaba el mas eficaz de los auxilios de que necesitan los ejércitos en campaña, pues no solamente se apresuraban á noticiar á los jefes carlistas el menor movimiento de las tropas liberales, sino que ocultaban á los jefes de estas los hechos mas notorios y cuyo conocimiento, oportunamente adquirido, habria evitado mas de un descalabro y facilitado resultados que hacia del todo imposibles la connivencia de los carlistas con la generalidad de los vascongados de todas condiciones y clases.

Con insistencia hemos consignado nuestro juicio sobre lo ineficaces que fueron, considerados militarmente, los resultados de la mayor parte de las acciones empeñadas en las provincias del Norte, despues que el abandono ó la pérdida de los puntos fortificados en el interior de las provincias Vascongadas dió á los carlistas completa posesion de su territorio.

Durante el mando del general Córdoba, las operaciones fueron exclusivamente defensivas ó impuestas por la necesidad de detener los progresos del enemigo fuera de su territorio, ó por la no menos imperiosa de sostener á Bilbao ó á San Sebastian, de recuperar á Valmaseda ó cubrir algun punto esencial de la base de operaciones del ejército.

No necesitamos repetir que las últimas acciones sobre la cordillera de Arlaban no podian conducir á resultados que compensasen los sacrificios que la momentánea conquista de aquellas asperezas debian costar. Dicho queda, sin embargo, que el intentarlas no obedeció á la vaga idea de un pasajero y brillante hecho de armas. Moviése Córdoba en aquella dirección, como medio de atraer á Eguía cuyas fuerzas, en

número considerable, habian caido sobre San Sebastian, y que de no haber sido embarazadas, distrayéndolas en su movimiento, habrian hecho sucumbir la plaza y sacrificado el cuerpo de ejército que mandaba Evans, ó por lo menos obligado á Córdoba para acudir en su auxilio á una marcha por el centro del país vascongado, imposible de ejecutar por la falta de subsistencias en el territorio enemigo y la no menor dificultad de transportarlas, atravesando un país que aquel dominaba y cuya topografía le ofrecia todas las ventajas imaginables para detener al ejército haciéndolo retroceder con incalculables pérdidas.

Sentado, pues, que el ataque de las líneas de Arlaban fué un movimiento impuesto por el que habia ejecutado Eguía sobre San Sebastian, corresponde á la historia hacerse cargo de la censura de que ha sido objeto la memoria del general Córdoba, por no haber llevado á cabo su anunciado intento de haber, despues de coronar victoriosamente las crestas de Arlaban, continuado su movimiento por San Adrian á los montes de Cegama, y por Arriola y Santa Cruz á Plazada, movimiento que le ofrecia la probabilidad de haberse apoderado de Oñate, destruido las maestranzas del enemigo y ahuyentado la corte del Pretendiente, apoderándose de su cuartel real.

Háse hecho valer que los carlistas temieron mucho que Córdoba consumase la operacion que habia iniciado, y los escritores que se han inspirado en la opinion de los generales de aquel bando, deducen de ella y de otros datos del mismo origen, argumentos para fundar el juicio de que Córdoba cometió una notable falta militar.

No es dudoso que la operacion sobre Oñate podia haber conducido á un éxito decisivo, pero habria sido corriendo el riesgo de una posible derrota, en posiciones que el enemigo era dueño de escoger en un territorio que dominaba y en el que no hubiera podido aventurarse el ejército de la Reina, á no resolverse su general á aceptar el combate donde los carlistas quisiesen presentarlo, teniendo un país enemigo á la espalda y careciendo de provisiones, de hospitales y de medios de transporte.

En semejantes condiciones una derrota, un pánico, un mediano descalabro, hubiera llevado al ejército, desmoralizado y disperso, sobre la línea del Ebro, que hubiera sido muy difícil defender, dejando abierto á don Carlos el camino de Madrid, y en la situación en que el reino se encontraba, semejante contingencia envolvía la ruina de la causa liberal.

El ejército del Norte era en aquellas circunstancias el escudo, la barrera, el *paladium* del trono de la Reina Isabel, y el general que tenia que optar entre una victoria problemática y una catástrofe irreparable, cumplió con sus deberes como ciudadano y como soldado, regresando á su línea de Vitoria en vez de haber proseguido su movimiento sobre Oñate.

DOCUMENTO NUM. I

MANIFIESTO DE DON CARLOS Á LOS ESPAÑOLES

Españoles: Desde que la Providencia me puso en medio de vosotros, he sido compañero y testigo de vuestras heroicas acciones: dignos herederos de vuestros mayores, habeis igualado, y mas de una vez superado, aquellas brillantes empresas que hicieron á la España tan gloriosa con admiración del orbe entero. Hoy tambien os contempla la Europa, y el mundo todo tiene la vista fija sobre estas provincias inimitables, y sobre el valiente ejército á cuyo frente me honro de hallarme colocado. Me congratulo con vosotros, y á nombre de la religion y de la patria os doy las gracias por vuestros generosos esfuerzos. El cielo mismo ha manifestado cuán gratos le eran vuestros servicios, y con su proteccion nos ha librado mil veces de espantosos peligros. El Dios de los ejércitos os ha conducido como por la mano á la victoria: sí, el Dios de los ejércitos, el Dios de San Fernando, el Dios de los españoles: un Rey católico no puede tener otro lenguaje hablando á un pueblo eminentemente religioso, que lora la religion ultrajada y trata de aniquilar la infamia de sus perseguidores. El Señor poderoso en las batallas os ha hecho triunfar siempre que habeis peleado: á El se debe toda gloria y accion de gracias.

Honor y memoria eterna tambien á los héroes que han merecido sellar con su sangre el testimonio de su lealtad: la patria los bendice: la fama perpetuará sus nombres, y yo no olvidaré nunca sus servicios, ni las familias á que pertenecieron.

Vosotros á quienes se ha dado el poner fin á tan grande empresa, continuad con valor y constancia, pues no está lejos el dia de disfrutar en paz el fruto de vuestras victorias, entre las bendiciones de vuestros hermanos. Ya habeis hecho conocer á todos los rebeldes que sus maquinaciones y arduos son impotentes, y que la cobardía acompaña siempre al delito. Un ejército de españoles que desconociendo mis legítimos derechos ha hecho la guerra á su mismo soberano y á los leales que le defendian, los recursos que la usurpacion les proporcionaba, los auxilios de los revolucionarios de otros países... todo, todo ha debido sucumbir; y cuanto mas ufanos contaban con la destruccion de lo que ellos llaman faccion teocrática, han visto sus generales humillados, sus ejércitos vencidos, sus planes deshechos, sus legiones auxiliares abatidas, sus esperanzas frustradas y sus corifeos avergonzados á la faz de todas las naciones.

¿Qué contraste no ofrece aquel gobierno de impostura y de concesiones, de espanto y de anarquía con la verdadera libertad y alegría que gozais vosotros en medio de vuestras fatigas!

Los revolucionarios llevando por todas partes el llanto y la muerte, han hecho prevalecer á la impiedad, la cual deja el sello de la desolacion: han impuesto á nuestra patria un yugo pesado y cruel, y la han engañado pérfidamente, exaltando los derechos del hombre para dejar caer sobre ella el terrible azote de la verdadera tiranía. ¿Y es esto lo que podrá temerse de los principios y de la doctrina que nosotros defendemos? Mirándose los reyes de la tierra como representantes del Altísimo, de quien tienen el poder y la autoridad, ¿será fácil que se levanten en los pueblos sediciones y discordias, que se enciendan guerras devastadoras, que se turbe el reposo de las familias, que se pierda la seguridad individual? ¿Podrá acaso verificarse que falten las artes, que la agricultura quede envilecida, y que por la division interna de los ciudadanos sean assolados los campos, saqueadas las casas, profanados los templos y altares, oprimidos, confinados ó muertos los ministros del santuario? ¿Se podrá temer que la hez del pueblo, los hombres desmoralizados, los malvados y asesinos tomen el carácter de representantes y jueces de la nacion para dictar leyes absurdas y ridículas, ó duras é injustas que opriman al inocente y salven al reo? Léase la historia de todas las monarquías, y en especial la nuestra, y se encontrarán libres de tales horrores: se verá que sin las teorías democráticas ha florecido la paz, la industria, el comercio, las ciencias, y que á la sombra de la religion España ha sido feliz con sus reyes y con sus leyes patrias. Animaos, pues, que un porvenir dichoso enjugará vuestras lágrimas, y yo me tendré por el mas venturoso de los soberanos en labrar vuestra felicidad, viviendo entre vosotros, como una madre en medio de sus hijos: vosotros sois bien acreedores á mi amor, y mi corazon se dilata manifestándoos estos sentimientos paternales.

Entre tanto no puedo menos de afligirme el ver la marcha de la revolucion en España: los escandalosos sucesos que se han repetido en Madrid, Barcelona, Zaragoza y otros pueblos; la persecucion horrible que sufren los buenos en todos los ángulos de la monarquía; la opresion y horrorosa esclavitud en que viven mis pueblos entre los gritos de la libertad: cárceles, destierro, confiscacion y muerte sin mas delito que la pura opinion; y sobre todo las iglesias profanadas, saqueadas, quemadas: los sacerdotes envilecidos, públicamente insultados, asesinados impunemente: los asilos de la virtud convertidos en escuelas de disolucion, los religiosos y las vírgenes consagradas á Dios mendigando, huyendo y cayendo víctimas á favor de la barbarie; en suma: la religion gimiendo y la patria pidiendo auxilio, son objetos que me consternan; y yo os lo recuerdo con dolor para que me ayudeis con energía á remediar tantos males.

Los execrables asesinatos cometidos últimamente en Barcelona á vista y con el consentimiento de las autoridades constituidas por aquel gobierno rebelde (si es que hay gobierno